

ya mejorada, porque si se ha trabajado alguna cosa, esto debe haber mejorado sus pastos. Si se acierta, discurre cuáles son y pueden ser las consecuencias que este ejemplo pudiera producir. ¡Qué consuelo para mí mismo ver en poco tiempo mi tierra en labor, haber hecho felices algunas familias, verlas bien establecidas para siempre, y haber multiplicado tanto los ganados, como los frutos de la tierra!

Estas ventajas, aunque grandes en sí, serán muy inferiores al aliento y esperanza que me dará este acierto para poblar otras muy vastas y lejanas dehesas que poseo, donde hay excelente tierra, y en que entónces me será fácil establecer numerosas y felices poblaciones. Entónces y con la experiencia de este logro ya podré exigir condiciones á que ahora no me atrevo. Les podré obligar á habitar su tierra, y abriré la puerta, no solo á los vecinos de este lugar, sino á todos los que me pidan suerte, de cualquier país que sean, solo con la condicion de que no tengan diez fanegas propias. Y por este medio esta pequeña dehesa que habré poblado, me poblará todas las otras.

¡Pero qué digo, amigo? Esta dehesa sola debiera poblar todo el reino; porque ella sola, suponiéndola poblada, debiera abrir los ojos á las villas, á los grandes propietarios, y alentar al gobierno mismo. Puede llegar un dia en que yo no tenga mas tierra que dar por haberla dado toda. Y si todos reco-

nocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis colonos solos bastarán para excitar este deseo, y presentar una nueva y copiosa almáciga de pobladores: porque como las suertes no podrán dividirse, y que es menester que pasen enteras al heredero en cada familia, pueden quedar dos ó tres hermanos, que acostumbrados al campo, no teniendo tierra propia la desearán, y los padres y hermanos se ofrecerán á ayudarlos.

Entónces no será mucho que las villas, convenidas por la experiencia de la utilidad, deseen repartir entre labradores útiles sus casi inútiles valdíos. Y es posible tambien que muchos grandes propietarios, unos por generosidad y amor del bien público, y otros por interes, quieran hacer lo mismo, y conviertan los inmensos desiertos que aprovechan tan poco en las vastas dehesas y yermos á que los destinan, los conviertan, digo, en útiles y productivas poblaciones. El gobierno mismo despertará con el ruido de empresas tan felices, y promoverá la felicidad pública por un medio tan simple y tan superior á todos. ¡Cuántos bienes habrá producido entónces una pequeña y dichosa dehesa!

Figúrate un momento, para divertir nuestras ideas, que entrase en la nacion con algunos ejemplos felices un espíritu general de poblacion; que el gobierno y los particulares se compitiesen en poblar los innumerables desiertos que la afean, la empobrecen y tienen despoblada; que cada villa, cada

propietario y el gobierno mismo repartiesen las tierras de que pueden disponer, entre labradores útiles que no tienen tierra propia, y que los ayudasen por estos ó semejantes medios. ¿Quién puede dudar que en poco tiempo la nación se aumentaria considerablemente? ¿Qué toda la tierra se veria poblada, habitada y trabajada? ¿Qué los ganados y los frutos, los hombres y las subsistencias abundarian? Y en fin, ¿que en vez de la miseria y languidez en que hoy yace la nación, se la veria alegre, próspera y poderosa?

No te aflijas con el temor de que en algunos años no habria mas tierra que repartir, porque este seria el colmo de la felicidad. Cuando una nación logra ver todo su territorio bien cultivado, cuando ya no hay un pedazo de tierra que no tenga dos brazos que la sirvan, y cuando sobran otros muchos brazos que no tienen tierra en que ocuparse, entónces ha llegado al mas alto punto de su prosperidad; porque de estos brazos sobrantes se sirven las artes, las manufacturas, el comercio, las tropas, la marina, la navegacion, y esto es lo que hace á las naciones ricas, poderosas y fuertes.

Esta, amigo, puede ser una hermosa novela. El sabio que conoce que toda causa debe producir su efecto, no dudará de que leyes sabias y un gobierno aplicado y bien entendido deban alcanzar á producir estos bienes. Y así lo que importa es que cada uno se instruya y que se aplique. Pero como es-

to no depende de nosotros, dejemos á Dios y al tiempo las resultas de mi operacion, y no pensemos mas que en ejecutarla con los medios que el cielo me dispensa. Y ve aquí para resumirme, lo que pienso hacer en el repartimiento de mis tierras.

Como el fin de que nosotros tomemos una suerte cada uno es para enseñar á los colonos lo que deben hacer con el tiempo, me propongo hacer fabricar desde luego en cada una y en medio de ellas, en cuanto sea posible, una casa pequeña simple, pero que tenga todo lo que es necesario ó puede ser útil á un labrador; sobre todo haré hacer un corral grande. Esta es la pieza mas importante en que habrá abrigo para mis gallinas y pavos, habrá un establo para mis vacas, otro mayor para mis ovejas, no faltará un lugar para mis puercos, ni un grande hoyo ó estercolero para echar á podrir y dejar madurar el estiercol de mis ganados. Haré cercar todo el circuito de mi tierra con un foso, para que los ganados agenos no puedan entrar en ella, y para su resguardo la haré cercar de aya viva. Esta aya crecerá sobre la tierra que he sacado de los fosos, y tambien me aprovecharé de ella para guarnecer toda la circunferencia de árboles útiles, como olivos ó moreras.

Quando ya me vea cercado y seguro de que nadie pueda echar á perder mis trabajos, distribuiré mi tierra en cuatro partes iguales. Destinaré una por entero al plantío de un prado artificial. Si tu-

viere agua con que poder regarle, le plantaré de alfalfa: si no tengo agua y el terreno es húmedo, le plantaré de trébol ó heno; y si fuere seco, débil ó pedregoso, le plantaré de mielga. Con esta aplicación á las diferentes calidades de tierra, los labradores saben que no hay ninguna que no pueda ser útil y criar una especie de prado. Tendré cuidado de que se hagan los cortes en su tiempo, y estas yerbas me servirán para mantener con ellas mis ovejas y vacas en el invierno.

Las otras tres partes las distribuiré en tres pedazos iguales, y las destinaré para que alternen en sus producciones. Una será para trigo, otra para cebada, y otra para legumbres ó granos menudos; pero de la manera que conviene, esto es, alternando y variando cada año su producción. Por ejemplo, la que este año ha producido trigo, el año siguiente la destinaré á cebada: la que estaba de cebada, destinaré para granos menudos ó legumbres; y la que estaba de estos, que ha descansado todo el invierno, que ha sido bien arada, y que no ha producido más que legumbres que no la cansan, la destinaré á trigo; y guardaré siempre esta alternativa sin interrumpirla jamás. Este es el método que observan los ingleses, que son los mejores labradores de la Europa, y que lo han enseñado á otras naciones bastante ilustradas para conocer que después del estudio de la Religión, este es el más digno de los hombres. Ve aquí, Mariano, las

ideas que después de algunos días me hierven por la cabeza; pero como yo no estoy tan instruido como debiera, no me atrevo á fiar de mi propio juicio. Yo quisiera consultarlo con personas prácticas, y más con hombres de una razón sana, que me dirijan y aconsejen; pero aquí no tengo á quien volver los ojos. Labradores hay, pero son hombres de rutina que no conocen otros usos que los suyos, que jamás han reflexionado sobre ellos, y que cuando se les habla de una cosa nueva, de que no tienen idea, se asombran y oyen con desconfianza cuanto se les dice. Hombres de esta especie no pueden ser buenos consejeros, y no saben más que poner dificultades y desanimar. ¿Qué te parece á tí, Mariano?

¿Qué quieres que te diga, amigo? le respondí. Nacido en una grande ciudad, criado en ella, no habiendo salido al campo sino con motivo de paseo, y habiendo pasado toda mi vida entre mis libros y mi iglesia, no soy capaz de tener ideas sobre este asunto que me parece de mucha importancia. Desde luego te confieso que tu proyecto me llena, y que me parece tan claro como útil: todos tus raciocinios me parecen justos: no has dicho nada que no me parezca lleno de luz y de razón. Repito que no soy capaz de aconsejarte; pero dentro de mí formo un raciocinio que tiene á mis ojos mucha fuerza, y es este:

En todos los negocios oscuros y dudosos en que

no es posible formar un juicio seguro y sosegado, porque dependen de casos contingentes, ¿qué es lo que aconseja la prudencia? Que se comparen los riesgos y las consecuencias del malogro con las ventajas ó provechos del acierto. Si se gana poco cuando se gana, y se puede perder mucho en caso que se pierda, la prudencia nos dice no emprenderlo; pero si en caso de perderse, no se puede perder mas que poco, y en caso de ganarse, se gana mucho, es claro que la razon dicta no detenerse. Si este principio es cierto, tú mismo has decidido tus dudas; porque tú dices: Mi dehesa puede poblar el reino. Me hago cargo de que este es un entusiasmo, hijo de tu imaginacion brillante, y de tu encendido amor del bien público. No me dejo seducir por él; prescindiendo de todo, y no queriendo consultar mas que el dictámen de una razon sana y severa, pongo á un lado las villas, los propietarios y el gobierno, y no miro en este momento mas que á tí solo.

Ve aquí pues los términos á que me ciño. O logras poblar esta dehesa, ó no lo logras. Si la pueblas, es natural, es posible que puebles las otras, y en este caso tú piensas aumentar tus rentas; pero cuando esto no sea, es seguro que darás existencia y comodidad á un cierto número de familias pobres; que arrancarás de la ociosidad y de los vicios muchas personas; que multiplicarás los frutos y las subsistencias del lugar; que tú mismo y todos

nosotros nos ocuparemos en cosas inocentes, útiles y benéficas. Estos por sí solos ya son grandes bienes.

Pero si no logras tu empresa; si á pesar de todos tus afanes y gastos no se consigue la poblacion, ¿qué es lo que sucederá? ¿qué inconvenientes resultarán de esta desgracia? Tú lo has dicho: perderás los avances que hayas hecho, y no los perderás todos; porque tú no los harás sino sucesivamente en el tiempo de la oportunidad, mientras dura la esperanza del logro; pero la tierra siempre te quedará mejorada con el tal cual cultivo que haya recibido. Así la mayor desgracia será que la vuelvas á ver en la necesidad de arrendarla para pastos, y este es el estado que hoy tiene.

¿Y cómo pueden llamarse perdidos los avances que hayas dado á esos colonos, ni los granos con que hayas mantenido sus familias? Pues en la disposicion en que te veo, si los has mantenido como colonos, tambien los hubieras mantenido como necesitados. Veo pues que arriesgas perder poco, y que puedes ganar mucho. Desde luego los gastos que hayas hecho en tus suertes y las de tus hijos, ahí se quedan y te serán útiles. No veo pues que te deba detener cosa alguna.

Pero no puedo omitir una consideracion superior á todas, y es que cuando la beneficencia se ocupa en desterrar la miseria, dando medios de trabajo, es tan útil como puede ser nociva la que solo se ocu-

pa en acallar al importuno, ó en socorrer al miserable que pudiera dejarlo de ser. Estimo mas verte dar esos socorros á hombres que se dedican al cultivo y trabajan con la idea de establecerse, aunque esto no se logre, que si los dieras á esos mismos hombres que sin actividad ni emulacion no desearan mas que vivir á costa de la piedad ajena. Esta especie de limosna no hace mas que radicarlos en los vicios, fomentar su ociosidad y acabarlos de pervertir.

Tienes razon, Mariano, me respondió mi amigo. Solo puede ser buena la limosna, cuando da trabajo al que puede trabajar, y socorro al que no puede. Al fin ya te he descubierto una parte de mis ideas; procurarémos madurarlas, y sobre todo pide á Dios que nos ilumine y dirija nuestros buenos deseos. Esta fué la primera conversacion que tuvimos sobre este asunto. Despues mi amigo confirió con muchas personas, y al fin se determinó á emprender la obra. Hizo dividir y marcar su dehesa en suertes iguales, y publicó su pensamiento.

Desde que la idea fué conocida, hizo gran sensacion en el pueblo: cada uno hablaba á su manera. Los presumidos de hábiles, porque hablaban de todo, aunque nada entendian, decian que esto era imposible, y que jamas se ejecutaria. Los tímidos y avaros decian que mas valia tener seguro el precio del arriendo aunque corto, pero pagado con fidelidad, que ponerse en manos de pobres que no pagarian

nada. Los que no conocian mas que la rutina del campo, y creian que la felicidad pública consistia en los ganaderos, decian que si se quitaban los pastos, faltarian los ganados. En fin, las opiniones eran varias y absurdas.

Mi amigo despreció dictámenes tan poco ilustrados, y desde que descubrió su idea no pensó mas que en ejecutarla. Ya habia obtenido del arquitecto que trabajaba en la iglesia que se quedase con nosotros: ya habia reconocido su talento, actividad y honradez, y le pareció muy propio tanto para emprender las obras que proyectaba, como para reparar tantas ruinas. En efecto nos ha sido muy útil para todo: no solo ha enseñado á los muchachos en una escuela formada para la instruccion de los niños, los principios de la arquitectura, de lo que te hablaré despues, sino que ha contribuido mucho á reparar y hacer saludables los edificios contiguos, y ha animado con su celo y ejemplo al progreso de nuestra poblacion.

Tanto él como otros tres vecinos acomodados que logramos persuadir, tomaron suerte; y estos cuatro unidos á nosotros cuatro, éramos ya ocho colonos, ocho casas y ocho labradores. Quedaban veinte y dos suertes que distribuir. Al principio no faltaron embarazos; pero todos los venció la constancia de mi amigo, y hoy estan todas las suertes pobladas, habitadas y en buen cultivo. Pocos auxilios y mucha emulacion han hecho este milagro.

El método que siguió mi amigo de distribuir su suerte en cuatro partes, según el orden que me dijo, ha sido adoptado por todos. No han cogido hasta ahora más que cinco cosechas, y ya los más no solo están bien sino que viven con mucho desahogo. Todos tienen prados artificiales con que sustentar sus ganados. Han conocido la facilidad y la importancia de este proceder, y todos se han dedicado con celo. Y ahora ven que la misma dehesa mantiene diez veces más vacas y ovejas que podía mantener antes, y que además tienen en su corral las gallinas, los puercos y demás animales que la dehesa no podía tener.

Te daría gusto ver esta asombrosa transformación. Aquel pedazo de tierra poco antes muerto, miserable y desnudo, es hoy un jardín animado: todo está partido en suertes, y cada cual de ellas señalada por árboles útiles que empiezan ya á hacer una vista muy agradable, y lo que es más, todo habitado. Mi amigo no se engañó en sus esperanzas. No solo se fabricaron las ocho primeras casas con que contábamos, sino que los otros colonos se han alentado. Mi amigo declaró que perdonaría tres años de su octava parte á los que al cabo de este tiempo estarían alojados con sus familias en su tierra; y esto junto á la experiencia que han adquirido de las ventajas que les produce vivir junto á su hacienda, los alentó de modo, que hoy todos los colonos y sus ganados están ya á cubierto, y los más han con-

cluido su casa, y quedan pocas por concluir.

Por esto se puede decir que mi amigo no recibe sino después de dos años su octava parte; y esta misma exacción, que siempre es tan dura y desagradable al que paga, aquí es justa y se hace con alegría: porque ve aquí lo que sucede. Como el colono sabe que no solo él sino sus hijos y toda su posteridad están seguros de la tierra, y que mientras cumplan con las justas y fáciles condiciones á que se han obligado, nadie les puede quitar su posesión, él y toda su familia trabajan con gusto por hacer cuantas mejoras pueden. No solo se fabrican casa y corral, sino allanan la tierra, plantan árboles, conducen las aguas, limpian sus fosos, en fin, hacen cuanto les puede ser útil.

Mi amigo no tiene otra cosa que hacer sino dejarlos obrar: cuando más, los excita con sus elogios ó los ayuda con sus consejos. Pero va allí las más de las tardes; porque este es nuestro paseo ordinario, y su noble alma debe gozar mucho de la actividad que ha inspirado, y de los beneficios que ha hecho. Un corazón ménos desinteresado que el suyo también pudiera decir: Ve aquí un pueblo que trabaja por mí y para mí; pues después de hallar en sus labores el precio de sus fatigas, y la justa subsistencia de sus familias, también me viene á tributar una parte de sus sudores, como un tributo que paga á mi beneficencia paternal. En efecto, aunque el cultivo no ha llegado aun al punto á que puede

llegar, ya la octava parte que mi amigo recoge, excede incomparablemente á lo que la dehesa le producía.

¿Pero quién podrá comparar estos cálculos del interese con las inefables ganancias del corazón? ¿Con esos placeres vivos y siempre renacientes de ver tantas familias poco ántes miserables, mendigas y viciosas, ser hoy honradas y bien estantes con un bienestar independiente que cada uno se mejora de dia en dia? ¿Ver tantos felices por los beneficios de su propia mano, y por haberlos arrancado de la miseria y del vicio para conducirlos al bienestar, á la Religion y á las buenas costumbres? ¡Ah! si puede haber en la tierra felicidad sólida y verdadera, yo no conozco ninguna que pueda igualar á esta.

En efecto, el cobro de los derechos que en todas partes es amargo y produce pleitos y disensiones, aqui se hace con tranquilidad y alegría. Los demas acreedores van de ordinario á requerir al colono cuando para pagar necesita de malvender ó adeudarse, y en fin siempre se le aflige. Pero aqui no puede suceder esto; porque no se le va á pedir la octava parte, sino cuando tiene su cosecha junta. Y despues de separar las cargas comunes, como son diezmos y contribuciones, se parte lo restante con distribucion tan favorable al colono, que por cada parte que da, se reserva siete.

No puede haber en esto pleito, porque la parte

de cada cual está sujeta á medida, y si alguno de los dos se quejara, basta medir para asegurarse de la verdad. Tampoco cuesta pena al colono dar lo que debe, porque sabe que si da una parte, guarda para sí siete. Así todo se hace, no solo con paz y concordia, sino con alegría. Muchos dicen: Yo quisiera pagar mucho mas; porque cuanto mas pagara, me quedara siete veces tanto.

Si á estas indecibles satisfacciones del corazón, quieres juntar las consideraciones políticas, discurre, Antonio, lo que sería España, si cada lugar tuviera un vecino como este, si las ciudades quisieran reflexionar sobre estos hechos, y si el gobierno, penetrado de estas ventajas, tomara disposiciones para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Cuánta sería su riqueza propia, y cuánta fuera la pública prosperidad! Si en cinco años experimentamos aquí tantas ventajas, discurre lo que sería España al cabo de diez.

Nosotros no estamos todavía mas que á los principios; pero á vista de esta experiencia no dudo, que de aquí á otros cinco años todo el terreno se halle poblado, habitado y cultivado. En efecto, desde el tercero las ventajas fueron tan visibles, la alegría y el bienestar de los nuevos colonos tan patentes, que ya las demas familias del lugar, aquellas mismas que al principio oyeron la idea con desden, y no quisieron tomar parte, ya decían que era menester que mi amigo hiciese repartir por el mismo método

una dehesa muy grande que tiene á tres leguas, en que hay tierra excelente y un arroyo que pudiera regar una parte considerable de ella.

No solo clamaban por este reparto los vecinos de este lugar, sino muchos de los pueblos comarcanos. Algunos de ellos no pedian ni ganados ni instrumentos, diciendo que los tenian propios, y que solo pedian la tierra. Cuando mi amigo conoció que este deseo era vivo, y que habia muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en suertes, de manera que cada una tuviese una parte de regadío; pero declaró, que estando aquella dehesa tan distante del lugar, era menester que cada colono empezase por fabricar una choza ó corraliza, aunque no fuera mas que de ramage para guardar su ganado; y que se obligasen á construir en el espacio de tres años una casa á su gusto, pero bastante sólida para habitar en ella con su familia.

Añadió, que para facilitarles esta construccion, les cederia por tres años los frutos de su octava parte; y ademas prometió fabricarles en medio de la dehesa una iglesia decente; que se les pondria un cura y un maestro de escuela con todo lo demas necesario, para que en ningun caso se viesen obligados á venir al lugar; que solicitaria que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutencion del cura, como de los demas sirvientes y subalternos para el servicio de la iglesia, de modo que estarian exentos de toda contribucion en esta

parte: que así no se les exigiria ninguna retribucion por nada de lo perteneciente al pasto espiritual, como bautismos, casamientos y entierros; pues ministros bien dotados harian todo esto gratuitamente.

Muchos se enfriaron oyendo que era menester abandonar el lugar y confinarse desde luego en la tierra. Pero mi amigo decia: Hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del lugar á la útil comodidad de servir y cuidar de la tierra con que sustenten su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios: poco se pierde en perderlos. Pero hubo otros que lo aceptaron, y habrá año y medio que se empezó con ellos esta segunda poblacion. Lo que puedo decirte es, que ya estan trabajando en ella ochenta y tres familias entre las que se repartió aquella dehesa; que ya todas las suertes estan llenas y habitadas por los colonos y sus ganados, que el cultivo está en toda su actividad, que muchas casas estan empezadas, que la iglesia está á medio hacer, y que no dudo que ántes de tres años esté terminada esta empresa, y que sea tambien una poblacion feliz.

Pero no es esto solo, porque ya se empieza tambien á hablar de otra grande dehesa que le queda á mi amigo; y muchos dicen que por qué no se reparten los valdíos. Los buenos efectos de esta primera poblacion han desterrado todas las desconfianzas, han vencido todas las preocupaciones, y ya no se habla mas que de poblar, de dar tierras, de

meterlas en labor, y establecer familias. Esto será ya muy fácil en adelante, no solo porque han conocido con la experiencia las ventajas, sino porque las mismas poblaciones hechas dan un medio seguro de hacer otras con ventajas de todos. Voy á explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos ó tres hijos que les ayudan á trabajar en su suerte, y ponerla corriente. Desde que lo esté, y que no les quede mas que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerte solo, ó cuando mas ayudado por el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerte, y que esta debe pasar entera al heredero, ¿qué puede hacer sino solicitar que se reparta otra nueva á estos hijos que le han servido y no puede acomodar en su suerte? Así lo hacen; y ya vemos que los que han acabado de arreglar su suerte no solo piden que se les dé una nueva á estos hijos, sino que se obligan á mantenerlos ellos mismos, á darles dos vacas de las muchas que ya tienen, la simiente que necesiten, y á ayudarlos en sus trabajos hasta dejarlos corrientes y establecidos.

De manera que ya sin gasto y sin mas esfuerzo que el de medir las suertes y dar la tierra, cada poblacion hecha puede desenvolviéndose, duplicarse ó triplicarse: y de aquí puedes inferir con qué facilidad pudiera poblarse toda España; pues aunque las primeras poblaciones que se hicieran, pu-

dieran costar algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarían que en adelante se hicieran otras con muchos menos gastos y dificultades. No costaría mas que repartir tierras; pues no es dudoso que estos padres ya bien estantes, que no pueden acomodar en sus suertes mas que un hijo, solicitarían nueva tierra para sus segundos ó terceros hijos ó para sus yernos, obligándose ellos á mantenerlos y habilitarlos.

Ve aquí como las mismas poblaciones serían una almáciga subsistente de hombres, y un fecundo principio de otra sucesiva no interrumpida reproducción. Esto es lo que ya empieza á experimentarse aquí, y tengo por cierto que en poco tiempo todo este término quedará poblado y cultivado. Dentro de poco faltarán tierras, y sobrarán pobladores. Quiera el cielo que un ejemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decia riendo mi amigo: Que su dehesa había de poblar toda la nacion. Yo tambien me reia entónces; pero en verdad que ahora no me rio y empiezo á esperar, porque es menester estar muy ciego para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo; en el lugar tambien demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo se ha transformado. Este pueblo que te causó tanto horror; este conjunto de habitaciones ruinosas, húmedas, profundas y mal sanas; estas calles sucias, asquerosas y llenas de

barros, ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentando á unos, prestando á otros y acudiendo á los mas, ha hecho acomodar casi todas las casas y blanquear las; ha hecho tambien levantar los suelos para que estando mas altos que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas llovedizas, y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apenas entraba la luz, se rasguen otras espaciosas por donde el aire circule con libertad. En fin, ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles, dando corriente á las aguas; de modo que hoy todo el lugar está seco y sano, y sus casas, léjos de parecer como ántes receptáculos de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto seria poco si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su celo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que. . . . ¡Pero dónde me iba á meter? ¡Qué asunto tan fecundo! y ya mi carta es demasiado larga. Permíteme pues que la interrumpa aquí, y que lo reserve para otra. A Dios, Antonio mío.

CARTA XXXVIII.

MARIANO A ANTONIO.

Amiigo Antonio: hasta ahora no he podido hablarte mas que de las mejoras exteriores de casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablar de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para desterrar la ociosidad y la mendicidad; para excitar la industria, promover las artes y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes y que parecen tan difíciles, se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana pocos dias despues de mi llegada vino el cura y trajo á mi amigo una lista de mas de doscientas familias entre quienes habia distribuido el dinero que le habia dado para repartir entre pobres. Y añadió, que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal y las necesidades tan continuas, que se habia consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dijo que le haria dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dije que no aprobaba esta conducta; que me parecia que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien, produciria muchos males; y que con